

El hombre del hacha

Antoni Puigverd



Es un hombre delgado, con gafas, de unos cincuenta años, vestido de negro. Actúa en un pequeño auditorio gerundense. En la capilla de un antiguo hospicio que un obispo ilustrado del XVIII encargó a Ventura Rodríguez, el gran arquitecto neoclásico. Bajo una cúpula blanca, frente a un público escaso, pero atento, el hombre corta con un hacha un tronco de chopo de unos dos metros de largo por unos cuarenta centímetros de diámetro. Un madero considerable. Hacha de forma ritmada, firme, persistente, inclinandose y levantándose con precisión de gimnasta, pero también con diligencia de leñador. Su rostro expresa muy contenidamente el esfuerzo.

A su lado, una joven, vestida también de negro. El pelo atado en forma de cola, la frente amplia y despejada. Toca el violonchelo. Improvisa notas y arpeggios con pulcritud. A veces, el ritmo que marca el hierro contra el tronco es tan claro y regular como un metrónomo: domina la música del violonchelo. Pe-

ro a menudo el hacha y la melodía se contradicen y expresan muy claramente la diferencia que los separa. El hacha apela a la fuerza, el violonchelo a la delicadeza. El hacha es emblema del trabajo, el violonchelo de la gracia y la ligereza. Nada más opuesto al hachazo que la melodía de un instrumento vibrante y barnizado como el violonchelo. La suavidad de la música de cuerda juega con la fuerza violenta y destructora del hacha. Así están durante dos horas, hasta que el tronco se parte por la mitad y, entonces, la chelista toca el preludio de una suite de Bach. El hacheador podría haber terminado antes el trabajo, por así decirlo, pero se ha entretenido desbastan-

Nada más opuesto al hachazo que la melodía vibrante y barnizada del violonchelo

do el madero, labrando surcos y vías de un extremo a otro. Así hacemos nosotros antes de que nos llegue la muerte: procuramos abrirnos a toda clase de vivencias laterales, aunque persigamos con mayor constancia o la vía escogida o la más inevitable. Cada vez que el metal se hunde en la madera es una aventura, una experiencia, un corte de vida, una herida. ¿Es un espectáculo lo que estoy viendo?

Es una acción artística. Efímera.

La joven chelista es Lluïsa Paredes, concertista y compositora. Pep Aymerich es escultor, performer y videoartista. En YouTube encontrarán imágenes de su interacción con las esculturas. Sus obras no terminan cuando están hechas: acostumbran a tener vida propia, generalmente mortal. Por ejemplo: unos cuerpos realizados en cera, plomo y carbón arden o se deshacen. El fantasmagórico Banksy, que hizo autodestruir uno de sus cuadros millonarios en plena subasta en Sotheby's, resulta anodino en comparación con el impacto severo y litúrgico de Aymerich.

Trabaja y vive de la madera, Aymerich: es carpintero. La libertad que le da el oficio no es, por supuesto, la libertad del millonario o la del artista de éxito. Es una libertad creativa insólita en el mundo del arte, ya que el artista, generalmente pobre, a menudo queda condicionado por la necesidad de vender, por la dependencia que suele implicar la subvención solicitada o por esa voluntad populista de *épater le bourgeois* que ahora llamamos provocación. La libertad creativa de Aymerich es una libertad pura, inmensa, que escapa con una gran personalidad, de la mermelada retórica del arte contemporáneo, generalmente paródica, recurrente o panfletaria. La fuerza de las creaciones de Aymerich, que a menudo esculpe cuerpos abrumados, subraya, por contraposición, la banalidad de los rostros gigantes, siempre repetidos, tan comerciales, del famosísimo Plensa.●

La mala conversación

Joana Bonet



La madre de Sócrates fue comadrona, por lo que él supo desde niño que la vida se arranca de las entrañas con delicadeza y determinación. Y decidió hacer lo mismo con el conocimiento sirviéndose de la mayéutica, un método según el cual sus interlocutores indagaban en sí mismos hasta parir una idea, una metáfora todavía en uso, igual que decimos "¡menudo parto!" al culminar un trabajo arduo y laborioso.

"Para que nazcan las ideas se requiere una partera. Ese fue uno de los mayores descubrimientos jamás realizados", señala Theodore Zeldin en su ya célebre y deliciosa *Historia íntima de la humanidad* (Plataforma Editorial), donde evoca al padre de la ética como un incansable interrogador que únicamente inventó la mitad de la conversación, ya que, sin respuestas, las preguntas no son más que apuntes para el diálogo. La conversación completa fue cosa de mujeres desde el Renacimiento, y en el XVIII, las *salonnières* eclosionaron: abrían sus casas para que hom-

En España se conversa poco, la perspectiva del otro incomoda

bres y mujeres inteligentes reaccionaran ante el efecto de la palabra cruzada, aunque según un misógino Voltaire eran "mujeres que en el caso de su belleza necesitaban hacer brillar el aura de su ingenio". Los salones acabaron por ser aburridos porque la vanidad los pervirtió, pero hoy seguimos admirando aquella tradición de nuestros antepasados que se perdían en coloquios sin un fin concreto, un arte efímero cosido de percepciones, reflexiones, agudeza y humor.

España es un país donde se conversa poco y se discute mal, porque la perspectiva del otro incomoda y solivianta. Por ello, uno de los consejos más universales ha sido el de hacerse el tonto -máxime si una es rubia- a fin de no arriesgar alumbando ideas para no levantar suspicacias ni envidias. Pasar inadvertidos, y hablar, como decía un escritor inglés, como el papel pintado. Así nos va: tras dos mil años de conversación continuamos silenciando lo que de verdad importa.●

GARABATOS-KAP

Sanidad estudia prohibir fumar en el coche

SINCERAMENTE, VIAJABA MÁS TRANQUILA CUANDO PODÍAS FUMAR DENTRO DEL COCHE...



Y el caldo, en tetrabrik

Núria Escur



En un avión de Vueling. La azafata, por cierto con cara de estar también hasta las narices de la burocracia, reparte un cuestionario. Hay que detallar de dónde vienes, adónde vas, algún que otro dato indiscreto, en qué apartamento u hotel te alojarás y el teléfono de alguien de confianza por si se hunde el mundo y tienen que llamarlo.

No es manera de empezar, se oye, desde la fila del fondo. Me asaltan dos tentaciones para esquivar la intromisión que, por supuesto, se ha ingeniado para que, en el caso de que uno de los viajeros contraiga la covid (ómicron o vulgaris), las autoridades puedan localizarte en un santiamén y joderte las vacaciones.

La primera opción: decir que ya no uso bolígrafo (dudo que repartan 180, uno por viajero). La segunda: alegar que no sé ni inglés ni francés (los dos únicos idiomas en que te pasan el roñoso formulario). Mí-

vecina me mira con complicidad, dobla el papelito debajo del asiento y suelta por lo bajini: "Es que si nos toca hacer cuarentena allí nos va a salir la torta un pan".

Porque el gobierno que te controla

(tampoco el tuyo, claro) no va a pagar los diez días de cuarentena que te caen por tu mala estrella. La estancia la pagas de tu bolsillo, sin salir de un cuartito, y hala... a ver la ciudad por la ventana.

Las maniobras que nos van aplicando, más allá de sabias estrategias, suelen ser tan chapuceras que solo nos impelen a la desobediencia. A ley puesta, trampa segura. Así que estos días anda tanta picaresca suelta que ni el Lazarrillo de Tormes.

Acaban de anunciar que el país de donde vengo estudia cerrar fronteras por incidencia exponencial y triplicada de covid. Salvados por la campana. No sé a ustedes, pero a mí este final de *round* me está pareciendo muy cansino.

Muchos piensan volver a casa y, por primera vez, por Navidad (ya que todo está permitido) evitar la odisea de la escudella, plantar un tetrabrik de caldo preparado en el centro de la mesa... Y que sea lo que Dios quiera.●